

La lección del segador

El bochorno de los primeros días veraniegos nos trae una pereza que en vano intentamos quitarnos de encima. A uno le atosiga el ambiente de la ciudad, y, ya con la tarde cuesta abajo, nos perdemos silenciosos por las callejuelas de los extremos del pueblo y salimos al campo.

El campo de Castilla, nuestro campo, ofrece, en la Lora vespertina, la visión más maravillosa que pueda regalar nuestros sentidos. Es una armoniosa conjugación del esfuerzo humano y la generosidad de la naturaleza lo que nosotros advertimos en esta faena, que si resulta árdua y agobiadora por un lado, por otro viene a remunerar con creces el esfuerzo y las fatigas de muchas jornadas de trabajo. El segador mueve la hoz con brío y destreza; de vez en cuando se yergue y procura descansar unos instantes, abriendo su boca para aspirar fuertemente el aire. El segador vuelve enseguida a agacharse y prosigue su dura labor. Así una vez y otra vez durante todo el día. Nosotros contemplamos la hermosura del campo. Nosotros nos enfrascamos contemplando la hermosa lección que ahora nos ofrece el campo: La vista se nos pierde leguas arriba y leguas abajo. Y por todos sitios el mismo quehacer, el mismo ejemplo. Del pueblo llega el eco apagado de las campanas, que lanzan a los vientos la oración metálica del Angelus... Y, a ratos, un venticillo «enconado» despeina las cabelleras rubias de las hazas paniegas...

Yo he meditado mucho ante este paisaje. A mí me gusta siempre enfrascarme en los paisajes, porque para mí tienen, aparte de las bellezas naturales que pudieran ofrecernos, un no sé qué aleccionador que despierta en nuestro espíritu observador conclusiones y moralejas que nosotros incorporamos a nuestro pequeño caudal de conocimientos.

Yo he pensado que todos los hombres deberíamos recordar frecuentemente al segador, admirarle, imitarle...

En una ocasión todos los manchegos hemos procurado imitar al segador y hemos trabajado con denuedo durante muchas jornadas. Nos estamos refiriendo al año cervantino: Felizmente el año cervantino dió motivo a que muchas voluntades, decaídas e inactivas otras veces y desconectadas entre sí siempre, se unieran y movilizasen con entusiasmo. Y si es cierto que no nos dejó del todo satisfechos la cosecha recogida, hemos de reconocer, si comparamos el movimiento artístico e intelectual de ese año con el de otros años anteriores, que se hizo algo bueno.

Pero ha pasado el año cervantino. Y el esfuerzo de aquellas jornadas parece ser que nos ha producido un cansancio y que el entusiasmo de otrora se ha apagado sensiblemente en nuestros corazones. Nosotros sentimos ahora el mismo agobio que el segador cuando, después de haber permanecido algún tiempo inclinado y cortando con la hoz los tallos de la mies se incorpora a duras penas y lleva una mano sobre la cadera, en ademán de fatiga, y con la otra se limpia el sudor, que cae por ambas mejillas... A los actos y conmemoraciones manchegos ha sucedido un silencio y una inacción en el ambiente cultural de nuestros pueblos. Hemos de reconocer que el prestigio y la gloria de Cervantes demandaba de nosotros todo y algo más de cuanto se hizo, porque la magna ocasión de ofrendarle estos tributos de carácter universal llega solamente una vez cada cien años. Pero también hemos de tener en cuenta que el interés y el prestigio de nuestra Mancha es algo permanente, que está por encima de toda conmemoración circunstancial y que nos impone la obligación de darnos al esfuerzo y superación de cada jornada. Y esto, no sólo por un año, sino durante todos los años de nuestra existencia.

¿Dejaremos que vuelva a enseñorearse de nuestro ambiente ese aire de indiferencia y abulia que, desgraciadamente, nos caracterizó hasta aquí? ¿Volverán a olvidarse de su tierra los manchegos que, desde hace años, viven fuera de la Mancha?

Nosotros quisiéramos que este silencio no se prolongue mucho y sea únicamente como el lapso necesario para recobrar energías. He aquí la suprema lección que la silenciosa tarea del segador nos ofrece: que hemos de tener el ánimo siempre tenso para que el descanso no llegue a convertirse en desmayo y decaimiento. Y que, tras aquél, hemos de volver a inclinarnos una y otra vez para proseguir la dura tarea de todos los días.

Sobre la amargura y la hiel que cada jornada nos deja, Dios pondrá, a la noche, la dulce satisfacción del deber cumplido.

Jorge Luis de Montesinos.